
PRIETO Y EUZKADI

Enrique Múgica Herzog



Aunque ovetense por nacimiento, Prieto vivió bilbaíno (y murió como tal en México, pues la Villa atravesada por el Nervión era pilar de su nostalgia), representando a la ciudad que lo hizo suyo en las legislaturas de 1918, 1919, 1923, 1931, 1933 y 1936, después de haber sido en 1915 concejal de su Ayuntamiento, y en 1911 diputado provincial de Vizcaya.

Su talante de periodista —muy vinculado en él al po-

lítico— allí también lo desarrolló llegando a ser propietario de «El Liberal», denominación que no correspondía a la herencia de un convencionalismo decimonónico, sino a un signo de identidad de las Siete Calles en cuyos soportales amanecidos se voceaba el diario, para que los menestrales que las habitaban recordaran que eran los herederos de «los ciudadanos con sentimientos liberales, que salieron de sus tiendas a pelear para colocarse la gorra de auxilia-

res y salir con el fusil a defender la independencia de Bilbao».

Primeramente, en la carlistada de 1833-1839, cuando Zumalacárregui contemplaba desde las alturas de Begoña la tenaz resistencia de los progresistas bilbaínos a dejarse ensillar por sus doctrinarios y rígidos batallones. Después, en la segunda carlistada —tan bien retenida por el niño Miguel de Unamuno en la retina de «Paz en la Guerra»— cuando la pasión democrática que alentaba junto a El Arenal quebrantó el cerco faccioso. Por lo tanto, para el ciudadano de Bilbao ser partidario del liberalismo constituía algo distinto que para el enriquecido labrador manchego o extremeño que en almoneda se había alzado con los sabrosos despojos de la Desamortización. Ser liberal en Bilbao era ser militante de las ideas que sustentaban la Libertad y de la práctica que la consolida. También el entramado urbano de la ciudad, en cuyas calles se alineaban los perfiles de las instituciones financieras, en cuyos muelles se cargaban y descargaban sólidas mercaderías, y a cuyas puertas se extendía la opaca solidez de la gran industria, expresaba que Bilbao constituía un vertebrado espacio europeo en el que ser liberal era un dato natural, un incitante modo de ser, una insoslayable cotidianeidad.

Por ello es lógico que Indalecio Prieto, tan vinculado a los trabajadores vizcaínos, a los que expresó como ninguno, y al mismo tiempo con tanta querencia por su Bilbao y tan compenetrado con la sensibilidad progresista que la alentaba, dijera «soy socialista a fuer de liberal» abriendo con estas seis palabras no solamente su espíritu, sino el horizonte intelectual y moral

Se caminaba hacia una visión más rigurosa y menos exclusivista de la historia del País, que incitaba a una mayor comprensión del mismo.

que medio siglo después convertiría a su partido en hegemónico.

Mas Bilbao, en el pluralismo de sus actitudes, era también la más importante de las ciudades vascas, la cuna sabiniana del movimiento nacionalista y, por lo tanto, el cuadro relacional político-social casi siempre tensionado, aunque a veces cordial.

La oposición de Prieto al nacionalismo fue un dato duradero, aunque se desdobra en su posición ante el PNV y su comprensión del fenómeno nacionalista. Respecto al primero estaba dictado por el emplazamiento que en el entramado clasista ocupaban ambas organizaciones y sus adversas concepciones políticas y culturales, pues mientras el PSOE trataba de protagonizar un proceso de cambio radical, que vinculaba el desarbolamiento de las estructuras económicas y una visión agnóstica de la existencia, el PNV mostraba un recalcitrante atavismo no solamente en la apropiación dominical de los bienes, sino en una reflexión sobre el desarrollo social desde un difícil talante integrista. Esta oposición continuó y prosigue, aunque el contenido de la misma se halla atemperado, porque la sociedad bipolarizada en que surgió ha ido cediendo ante un entramado social más complejo que incita a la racionalización y al amortiguamiento de las confrontaciones.

Mas lo que interesa, al margen de la modulación encon-

trada entre el PSOE y el PNV, es la visión prietista de la singularidad vasca como expresión cultural, y no cabe duda que aquí intervinieron diversas aproximaciones que fluctuaban entre la inicial incompreensión, y la posterior aceptación del hecho, que si no fue asumido con afecto pleno, sí fue integrado en su actividad política como una de las cuestiones fundamentales del estado democrático, y sin cuya solución éste no terminaría de cuajar.

Las sucesivas actitudes que el nacionalismo se vio obligado a adoptar, ya que su consideración primaria de la sociedad vasca —desde un anclaje mental ruralista— iba resultando desfasado, incitaron en Prieto a reflexiones más rigurosas que las planteadas por un esquematismo forzado por la dicotomía burguesía-proletariado.

La primitiva mitificación sabiniana de la sociedad vasca como armonía igualitaria, que todavía sigue conservando vigencia retórica, se quiebra ante la realidad. Durante la Guerra del 14 las posiciones germanófilas de Luis Arana Goiri —hermano del fundador— y de un grupo de seguidores, las cuales contrastaban con las exigidas por las ideas y los intereses de los vizcaínos —parte importante de su producción siderúrgica y naval era exportada a los aliados—, fue un acicate circunstancial, aunque eficiente, para que salieran a la luz las divergencias entre los independentistas

y los autonomistas, nucleados éstos por la capacidad financiera y el vigor de la adhesión suscitados por Ramón de la Sota en una burguesía a la busca de modelos. Mientras los aranistas se reunían bajo la denominación Partido, los segundos, más amplios y flexibles, se concentraban bajo la de Comución. Uno de los hombres de Sota, Eduardo Landeta, exhortaba: «No hablemos más de independencia. No hablemos más de separatismo. El programa de las aspiraciones nacionalistas ha sido equivocadamente planteado en Euskadi. Quiero la autonomía para mi Patria porque la labor que hay que realizar para conseguirla brinda amplio campo de acción donde manifestarse todas las iniciativas vascas, y muy especialmente a su juventud, campo que no ofrece, que no puede ofrecer, la acción nacionalista, a base de separatismo e independencia, laberinto o callejón sin salida éste en el que, irremediamente se malogran, se frustran, se asfixian por falta de aire respirable los más grandes esfuerzos y los mejores anhelos y deseos vascos». Este esfuerzo por superar atavismos y callejones sin salida segregacionistas, afirmando la singularidad euskaldún, mas esforzándose por integrarla en horizontes más amplios, se doblaba con realizaciones culturales de amplio espectro y aliento sugestivo, como el de la revista «Hermes», que entre 1917 y 1922, bajo el mecenazgo de Sota, acogió tanto a Unamuno, Baroja, Zuloaga, Basterra y Mourlane Michelena, como a Telesforo de Aranzadi, Eleizalde, Belausteguigoitia y Campión. «Hermes» quiso ser, y lo consiguió durante su corta singladura, la proyección intelectual y estética de un nacionalismo ecléctico con ambición de asumir la obra de

los creadores vascos con independencia de su contenido, adscripción política o vehículo semántico.

Todos estos datos, en parte posteriormente frustrados, fueron apreciados por Prieto como expresiones significativas de que comenzaba a cuartearse la uniformidad del movimiento nacionalista, cabalgando al dictado de una evocación romántica y estereotipada de lo vasco; mas esta perturbación no caminaba en el sentido de una superación del nacionalismo sino de una reflexión más modulada y plural de éste. Como consecuencia de ello se caminaba hacia una visión más rigurosa y menos exclusivista de la historia del País, lo que, a su vez, incitaba a una mayor comprensión del mismo, por lo que desde la opuesta perspectiva progresista y empujados por una abstracta contemplación universalista, se obstinaban en no asumir las peculiaridades del hecho vasco.

Por otro lado, una parte, pequeña pero relevante, del nacionalismo, integrada por la burguesía liberal de Bilbao y Baracaldo, trató de modernizarlo con criterios democráticos fundando, pocos meses antes de la instauración de la República, Acción Nacionalista Vasca, la cual colaboró con la izquierda, incluso formando parte del Frente Popular, partiendo de que aquella abogaba por «una estructuración del estado menos unitarista», lo que contribuiría a alcanzar para Euskadi «un régimen jurídico-político más en armonía con los imperativos democráticos bajo los que ha vivido y quiere vivir nuestro país».

Estas actitudes, dictadas por una reflexión intelectual

abierta y por un sentido de solidaridad, de las que normalmente el nacionalismo había-se automarginado, marchaban paralelamente a la compenetración prietista con la exigencia de la autonomía vasca, compenetración que le llevó a adoptar algunas importantes iniciativas.

— Como Ministro de Hacienda restableció la audiencia previa a las Diputaciones vascas para la renovación del concierto económico, de forma que éste como fundamental instrumento fiscal vasco recobrase su jerarquía al ser consecuencia de un pacto entre el Gobierno del Estado y las administraciones euskaldunas, jerarquía que había sido eliminada por la Dictadura primoriverista al negar el imperativo de la negociación entre dichos entes.

— Prieto redactó el decreto del 8 de diciembre de 1931 sobre las normas para la concesión de autonomía a las provincias vascas y Navarra. Hay que tener en cuenta que al ser rechazado por inconstitucional el Estatuto de Estella, elaborado por un bloque de jeltkides y carlistas, se había llegado a un callejón sin salida en el trámite autonómico, y que fue precisamente Prieto, con su dedicación, quien lo desbloqueó.

— Fue el dirigente socialista, con el apoyo conjunto de las izquierdas y de los nacionalistas, el que presidió en Zumárraga el 4 de septiembre

de 1934, la asamblea de ayuntamientos vascos, en la que los diputados a Cortes sostuvieron la rebelión municipalista contra las pretensiones del poder central de vulnerar los conciertos económicos.

— Como Presidente de la Comisión de Estatutos del Congreso, tomó en sus manos el Estatuto Vasco, lo empujó con firmeza, lo defendió con ilusión, y con la determinación debida consiguió su aprobación.

Posteriormente, cuando tras la caída de la República las fuerzas vencidas comenzaron a soslayar el desencanto engendrado por la humillación de la derrota, iniciando un nuevo despegue con la mirada puesta en el rescate de la libertad perdida, se hicieron más pródigas las relaciones entre Prieto y los nacionalistas.

La evocación emocionada de Bilbao, para aquél; de Bilbao como ciudad vasca en el apasionado contexto de la Euskadi sometida, para éstos; y la certeza intelectual de que su recuperación no podía lograrse sin el entendimiento entre ambos, implementó, durante varios lustros, relaciones afectuosas, cordiales cooperaciones y fecundas y coordinadas actitudes, que culminaron quince años después de su muerte en el Frente Autonómico para el Senado, en las Elecciones Generales de 1977.

La compenetración de Prieto con la exigencia de la autonomía vasca le llevó a adoptar algunas importantes iniciativas.

Posteriormente se torcieron las convergencias crispándose los ánimos en recriminaciones en las que la razón no ocultaba, a veces, el empuje de lo visceral.

En estos momentos de confrontación, y para evitar que

ésta grave con exceso el destino de una Euskalerría más necesitada de responsable serenidad que de impresionable espontaneidad, es bueno recordar a Prieto y tener presente su periplo desde la opacidad centralista al entendimiento autonómico.

silencio, confirmando el cruel pronóstico de un fallecido crítico, «les quitas a Franco y se quedan en nada», por más que nos conste el duro esfuerzo que sus miembros más válidos están haciendo, evolucionando hacia la poesía pura.

LO QUE MENOS IMPORTA, LA CULTURA

Raúl Guerra Garrido

Uno es tremendamente escéptico con relación al término cultura, algo que en este país (y en el otro) sólo preocupa a los políticos en víspera de elecciones, después ya se sabe, «el que vale, vale, y el que no a Cultura»; pero como a pesar de todo existe, por más que a los electores les deje tan indiferentes como a los elegidos, trataré de analizar el tema con la mayor objetividad posible. En el País Vasco, en los últimos tiempos, podemos distinguir dos etapas bien diferenciadas, las de antes y después del Estatuto de Guernica/Gernika y así vamos a hacerlo.

*Antes del Estatuto:
del desencanto a la esperanza*

Parece que las expectativas culturales surgidas al término

del franquismo, que preveían un resurgimiento posibilitado por las nuevas libertades, la abolición de la censura y el desarrollo de la diversidad española, se están frustrando en gran parte y el estado de ánimo general es el de desencanto, que en el País Vasco bien pudiera ser el de desconcierto.

Si en España sigue siendo una triste realidad lo de escribir es llorar, en Euskadi cualquier cometido cultural no es sólo llorar, sino también discutir, básicamente discutir de política, pues la política lo inunda todo y sin unas mínimas referencias a ella la situación resulta ininteligible. Un ejemplo claro de este clima desconcertante es lo sucedido con el euskalkanta, uno de los movimientos más fuertes de los últimos tiempos, los cantautores se han replegado al

La situación cultural no es buena, pero, ¿cuándo lo ha sido? Una circunstancia pretérita y castradora que hay que tener siempre en cuenta en este tema es la ausencia de una universidad del País Vasco, unida a otras razones históricas que casi nunca se hacen constar y que pueden concretarse en un asentamiento tardío de la burguesía —y la cultura en la que nos movemos es esencialmente burguesa—, una falta de tradición en la industria de la cultura, ya que la costumbre tiende hacia las actividades pesadas y así tiene una paradójica gran importancia la fabricación de papel, y la falta de una macrociudad, por otro lado no deseable, en donde se pudieran concitar una serie de intereses e interesados hoy sumamente dispersos. El deterioro que hayan podido producir estas circunstancias esta aún por evaluar, y hoy se encuentra enmascarado por un mercado positivo de bienes más bien de uso y consumo como son discos, periódicos y revistas.

La querencia más acentuada se vuelve hacia lo propio o autóctono en una búsqueda incesante de las raíces, a veces hasta el detalle de miniador, en donde la recuperación del idioma, del euskera, ocupa los mayores esfuerzos. Y esta vuelta toma sus formas más válidas y dinámicas de la revolución juvenil, adoptando sus formas más libertarias y colectivas como son el movimiento asambleario y la movilización de masas; la marcha, la sentada y el *happening* son